UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

60-61-62

ENERO-DICIEMBRE

1956

IMPRENTA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

LIC. SALVADOR AZUELA

FILOSOFIA
Y
LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:
Eduardo García Máynez

DIRECTOR:
Salvador Azuela

SECRETARIO:
Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto .	$ 4.00
Número atrasado	$ 5.00

Tomo XXX México, D. F., Enero-diciembre de 1956. Núms. 60-61-62

Sumario

ARTICULOS

		Págs.
María de la Luz Grovas . .	*La Asociación de Universitarias Mexicanas y la Cátedra de Verano de 1956*	13
Palma Guillén de Nicolau D'Olwer	*La mujer en la historia de México*	23
Luz Vera	*El feminismo en el México Independiente* . . .	45
Paula Gómez Alonzo . .	*Ensayo sobre la filosofía en Sor Juana Inés de la Cruz*	59
Dionisia Zamora Pallares .	*La mujer en la educación* .	75
Soledad Anaya Solórzano .	*La mujer y la paz* . . .	83
Ana María Flores . . .	*La mujer y la ciencia* . .	101
María Esther Talamantes .	*La mujer y la política* . .	109
Esperanza Pulido . . .	*La mujer mexicana en la música*	119
Remedios A. Ezeta . . .	*La mujer mexicana ante el Derecho*	135
Marianne O. de Bopp . .	*La mujer en la Universidad*	147
María Teresa Chávez . .	*La mujer en la familia* . .	165

Págs.

María del Rosario Oyarzun . *La mujer y la justicia* . . 185

Irene Talamás de Kitain . *La mujer en la medicina* . 197

María del Carmen Ruiz Castañeda . . . . . *La mujer mexicana en el periodismo* 207

Guillermina Llach . . . *La enfermera y la trabajadora social* 223

Martha Chávez de Velázquez *La mujer y la Reforma Agraria* 235

Rosa Krauze de Kolteniuk *El último ensayo de Antonio Caso (La muerte y el ser)* 245

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Juan A. Ortega y Medina . . . *El cristianismo antiguo.* (Charles Guignebert) 261

Vicente T. Mendoza. . . . . *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes.* (Miguel León Portilla) . 264

Agustín Millares Carlo . . . . *Vidas de mexicanos ilustres del siglo XVIII.* (J. Luis Maneiro y Manuel Fabri) 272

Agustín Millares Carlo . . . . *Poesías españolas.* (Diego José Abad) 274

Eduardo Luquín . . . . . *El estado mental de los tuberculosos.* (José Torres) 275

María del Carmen Landero R. . *Símbolo y deseo.* (Oswaldo Robles). 285

César Rodríguez Chicharro. . . *La bruma lo vuelve azul.* (Ramón Rubín) 290

César Rodríguez Chicharro. . . *El corrido de la Revolución Mexicana.* (Vicente T. Mendoza) . 293

Págs.

Eduardo Blanquel . . . . . *Del maderismo a los Tratados de Teoloyucan.* (Diego Arenas Guzmán) 295

Inés Vargas de Núñez . . . . *La philosophie indienne.* (H. de Glasenapp) 298

Alfonso Zahar Vergara . . . . *Samuel Ramos. (Su filosofar sobre lo mexicano.)* (Juan Hernández Luna) 304

J. H. L. . . . . Noticias de la Facultal de Filosofía y Letras 311

EL ULTIMO ENSAYO DE ANTONIO CASO

(*La muerte y el ser*)

En 1944 Antonio Caso comenzaba a escribir un nuevo ensayo que debería de llamarse *La muerte y el ser*. Prácticamente concluso dos años más tarde, habría engrosado la lista de sus obras si no lo hubiera impedido su propia muerte.

No era ésta la primera vez que Caso reflexionaba sobre el tema. En cierto modo, lo había resuelto desde su *Ensayo sobre la esperanza* publicado en 1919. Su profesión de fe: la creencia en la inmortalidad, descansaba sobre bases cuidadosamente colocadas, era el corolario de su tesis sobre *La existencia como economía, como desinterés y como caridad.* [1] Quizá no hubiera vuelto a mencionarla si no hubiera tenido que salir en su defensa. La había visto peligrar frente al existencialismo heideggeriano que hacía poco había comenzado a difundirse en México. *La muerte y el ser*, iba a constituir justamente su respuesta.

Caso conoció a Heidegger probablemente a partir de 1939. La tesis de Heidegger lo atrajo hasta el punto de calificarla como uno de los pensamientos más geniales de la filosofía contemporánea. No obstante le reprochó haber mutilado el sentido trascendente de la existencia humana, en favor de un existencialismo que sólo se explica a partir del hombre y del sentimiento angustioso de la nada. Si no existe una referencia a otro mundo, decía, toda teoría de la inmortalidad tiende a desaparecer y a forjar "un hombre sin sentido, un ser para la muerte", que tal vez "no es ni el verdadero hombre ni el verdadero ser".

---

1 Nos referimos a la edición de 1919. Antes de ella había publicado en 1916 un pequeño opúsculo que tituló "La Existencia como Economía y como Caridad", que dio origen al ensayo citado. En 1943 aparece una tercera edición con capítulos accesorios, pero que no modifican su concepto de la inmortalidad.

Caso creía en la inmortalidad. Durante toda su vida la afirmó, cuando menos, como una esperanza: esperanza nacida a través de los actos caritativos de los hombres. Hacía veinticinco años había concebido su tesis sobre *La existencia como economía, como desinterés y como caridad*; en ella sostenía, sobre el orden biológico de la vida, sobre la existencia puramente egoísta de los seres un orden, que pasando por el desinterés artístico se ofrecía como el orden del bien, del amor al prójimo, del sacrificio y de la caridad. Este orden, que distingue al hombre y lo coloca por encima del espíritu de dominación que caracteriza a las bestias, es irreductible a la economía de la naturaleza, es una prueba evidente de que al lado del "mundo regido por la ley natural de la vida, está el mundo regido por la ley sobrenatural del amor". [2] "Si la inmortalidad se concibe", escribió Caso en su *Ensayo sobre la esperanza*, "sólo puede concebirse para los buenos, para los que durante su existencia terrena fueron desinteresados y caritativos; porque los que sólo fueron egoísmo, perecerán con el egoísmo, con la vida biológica que aquí termina indiscutiblemente". [3]

Es cierto que Caso no había formulado su tesis pensando exclusivamente en la inmortalidad. El hombre debe ser bueno por amor al prójimo, porque sólo así se realizará como hombre, y llegará al máximo de su personalidad. El egoísta se halla demasiado atado a las leyes biológicas de la vida y no puede realizarse como hombre. El egoísta ni siquiera es libre, continuamente está siendo víctima de su propio egoísmo; si la vida pide, él trata de obtener lo que le pide la vida; el instinto de dominación es inherente a todo ser orgánico. Sólo cuando el hombre renuncia por propia voluntad a su instinto biológico y egoísta obra libremente, deviene autónomo y verdaderamente independiente y personal. Sólo el que todo lo da, escribe Caso, "se posee a sí mismo". [4] El bien, que no es un imperativo, como quiere Kant, sino una persuasión y un entusiasmo debe ser la meta del espíritu humano, el ideal del hombre, la apoteosis de su personalidad.

Si la acción caritativa nos devolverá a nosotros mismos, si sólo por ella alcanzará el hombre el sentido verdadero de su existencia, también sólo por ella podrá elevarse y llegar a la Persona Suprema, a la "más

2 *La existencia como economía, como desinterés y como caridad.* Ed. México Moderno. 1919, p. 118.

3 *Idem.*, p. 142.

4 *Idem.*, p. 122.

personal de todas las personales", al único Ser que es "pura Caridad, Entusiasmo, Providencia", es decir, a Dios. Su esencia, escribe Caso, "consistirá en su acción clemente, benéfica, heroica. Su virtud será la fuerza omnipotente de dar".[5] Dios, como lo afirmara San Juan, es "Amor". Dios es "Caridad".

Todo se explica entonces por un proceso de individuación. Desde la esfera de lo físico, donde la vida no existe (el reino de lo inerte ignora el egoísmo, se transforma y perece al combinarse) hasta el Ser Supremo, la existencia empieza a cobrar sentido a través de la caridad. "No tendréis nunca la intuición del orden que se opone a la vida biológica, dice el maestro, no entenderéis la existencia en su profunda riqueza, la mutilaréis sin remedio si no sois caritativos."[6] La existencia como caridad es la plenitud de la existencia. Incluso la fe, en el sentir de Caso, es imposible sin la caridad. "Quien no es caritativo, no puede ser creyente",[7] "creer es consecuencia directa de obrar el bien". Por eso, haciendo suya la admirable sentencia de San Juan, transcribe: "Si alguno dice: Yo amo a Dios y aborrece a su hermano, es mentiroso. Porque el que no ama a su hermano al cual ha visto, ¿cómo podrá amar a Dios, a quien no ha visto?"[8] Dios es El Bueno, y para llegar a El, no hay más camino que el de la caridad.

De esta manera surge también el fundamento de la esperanza y con ella el de la inmortalidad humana. El que espera "tiene siempre una emoción melancólica, un gozo mezclado con temor".[9] Espera su bien pero sabe que es incierta su llegada; sin embargo es virtuoso, "tiene la suprema fortaleza de creer en lo inseguro".[10] La esperanza se refiere al porvenir, pero la garantía de nuestra previsión es la que nos proporciona nuestra visión actual y nuestra visión pasada. "Como hemos sido buenos, esperamos; del propio modo que preveemos científicamente porque creemos en un orden natural que nos ha revelado nuestra acción. Somos los autores del mundo sobrenatural, sobrepuesto al natural y coexistente con él. De nosotros proceden las buenas obras como las ex-

5 *Op. cit.*, p. 147.

6 *Idem.*, p. 117.

7 *Idem.*, p. 119.

8 *Op. cit.*, p. 121.

9 *Op. cit.*, p. 133.

10 *Op. cit.*, p. 135.

periencias y las observaciones científicas. El que espera sabe que el futuro se parecerá al pasado y que si el bien llegó, puede volver." [11] El bien, como orden moral diferente al de la naturaleza, se halla por encima del orden físico y biológico de la existencia. Así como el orden físico es incapaz de engendrar de sí el biológico, éste a su vez es incapaz de engendrar el moral. El egoísmo no puede hacer nacer de sí el altruísmo. El bien es un principio nuevo, un orden nuevo. Este orden es el único con esperanzas de inmortalidad.

El orden físico, es decir, la existencia material, tiende a desaparecer. Conforme al principio de Carnot, la materia "habrá de degradarse en calor y el calor a esparcirse uniformemente entre los cuerpos", y en un universo de temperatura uniforme el movimiento y la vida serían imposibles. La degradación de la energía implica su fin. El orden biológico también desaparecerá porque el egoísmo sistemático "tiende a transformar en substancia propia, es decir, en alimento, la existencia material. [12] 'Sólo el bien' quizá (y este quizá es la significación metafísica de la esperanza), cuando ya no tenga dolor que calmar ni individuos que redimir, cuando cese su fin terreno, persistirá en un nuevo orden, no como ánimo de renuncia, sino como vida espiritual pura, libre, única. Será beatitud". [13]

Aunque el orden biológico sea el indispensable soporte de la vida moral, no es su causa, y como el bien es irreductible a la vida, que se define como egoísmo, como economía pura, el autor del bien, es decir el bueno, podrá sobrevivir a la existencia natural. No subsistirá precisamente como vida moral sino como algo distinto "porque la vida moral es el alivio del mal y el mal es el egoísmo que termina en la obra maestra de su acción, un cadáver". [14] Desecha la vida, el bien podrá continuar en su forma más pura y verdadera, "sin esfuerzo, sin tensión, sin heroísmo, como fuerza que ha vencido", [15] como absoluta felicidad. Esta sería la vida bienaventurada que han descrito los místicos de todos los tiempos; así entiende Caso "el cielo de las religiones, el Paraíso

11 *Op. cit.*, p. 137.

12 *Op. cit.*, p. 140.

13 *Op. cit.*, p. 141.

14 *Op. cit.*, p. 141.

15 *Op. cit.*, p. 142.

reclamado por ellas para los buenos".[16] Ahí residiría el bien "gozándose a sí mismo, sintiéndose único; dueño absoluto de la existencia, en tanto que el universo material, conforme a la ley termodinámica de Carnot y Clausius, queda reducido a la región de las sombras eternas, y el mundo de la vida se simboliza a sí mismo en un pintoresco *hacinamiento* de cadáveres, de despojos informes, de seres que fueron codiciosos y egoístas y, por lo tanto mortales".[17]

Como podrá observarse, si la inmortalidad afirmada por Caso coincide con todos los éxtasis bienaventurados de las religiones, sólo en éste punto podría afirmarse tal coincidencia. Caso no concibe la inmortalidad para todos. El otro mundo sólo se entiende con el Cielo pero sin el Infierno. Si Caso nos habla de la vida bienaventurada, no se refiere en cambio a la condenación eterna. La condenación del alma sería la pérdida total de la vida, de esta vida y de la del más allá: sería perecer junto con el cuerpo, desaparecer en la nada, porque unida como estaba al orden puramente biológico de la existencia, ha perdido su cualidad espiritual y confundiéndose con la materia forma junto con ella un cadáver. La inmortalidad concebida como bienaventuranza, o la nada: he aquí la solución de Caso en los primeros meses de 1919.

Fácilmente podrá advertirse la respuesta de Caso al pensamiento heideggeriano. Heidegger no llega a una explicación trascendente de la existencia y recurre al sentimiento de la angustia para devolver al hombre a sí mismo. Para Heidegger la existencia auténtica sólo cobra lucidez por medio de la angustia. Para Caso, la existencia humana adquiere su más plena significación por medio de los actos de caridad. Para Heidegger la angustia enfrenta a la nada. Para Caso los actos caritativos nos llevan a Dios y a la inmortalidad.

Para defender su tesis frente a Heidegger, Caso concibió el ensayo antes mencionado; y aun cuando su muerte impidió la publicación de esta última obra, él había adelantado semanariamente en "El Universal" la mayor parte de sus capítulos,[18] de los que podemos extraer sus conceptos más generales.

---

16 *Op. cit.*, p. 142.

17 *Idem.*, p. 142.

18 Caso había adelantado también algunos de ellos en la recopilación de dos obras anteriores: *El acto ideatorio* y la *Filosofía de Husserl*, que se publicó en un solo volumen en 1946, y en donde agrega después del estudio sobre Husserl un nuevo capítulo intitulado "La Evolución de la Fenomenología", texto que pertenece al nuevo ensayo.

Para sostener una vez más su creencia en la inmortalidad, Caso enfrenta a Heidegger principalmente con San Agustín. Para San Agustín "no hay vida que no proceda de Dios, porque Dios es la vida por excelencia, el manantial de la vida, y ninguna vida en sí misma es mala sino en cuanto se halla inclinada hacia la muerte"; [19] la vida "es en Dios y por Dios sempiterna"; sólo la falta, el pecado, introdujo la muerte en la vida y el pecado lo engendró el hombre libremente. "Sin la libertad, el bien del hombre no existiría; tampoco existiría su mal; por obra de la libertad descendemos de la inocencia a la culpa, a la inquietud y a la muerte." [20] Por eso leemos en las primeras páginas de las Confesiones el célebre texto: "Inquieto es nuestro corazón hasta no descansar en tí, Señor."

Pero si para San Agustín la idea de trascendencia y la falta o el pecado explican la creación entera, los filósofos actuales, "rompiendo con el concepto esencial de la trascendencia divina, forjan un hombre sin sentido, una vida humana sin sentido, una muerte sin sentido también, y nos dejan en presencia de la angustia y de la existencia mutilada". [21]

Heidegger, escribe Caso, ha realizado a la manera de Husserl un positivismo de la existencia, y ha excluído cuidadosamente de su pensamiento toda referencia a *otro mundo*, donde la existencia humana podría cobrar sentido, y nos sitúa en la nada, tediosos y angustiados, nos ofrece "ese hombre —en la nada o para la nada, este ser para la muerte, que no son tal vez ni el verdadero hombre ni el verdadero ser". [22] Les falta a los modernos el prólogo de la creación del hombre y la creencia en la vida perdurable, porque, "encerrados en el existencialismo intrascendente no pueden sino hacer de la muerte un elemento existencial, y con tan buenos títulos como la vida misma". [23] La filosofía de San Agustín es una filosofía desde la vida, en tanto que la de Heidegger es una filosofía desde la muerte y la nada.

Caso también por breves momentos, gustaba de filosofar desde la muerte; claramente lo indican los textos que transcribimos a continuación

19 "El Universal", 13 de octubre de 1944.

20 "El Universal", 20 de octubre de 1944.

21 "El Universal", 13 de octubre de 1944.

22 "El Universal", 13 de octubre de 1944.

23 "El Universal", 7 de enero de 1944.

y que fueron extraídos de un ensayo publicado en 1917 y que tituló *Antinomia Eterna*: "Piensa que mañana, mañana en el último instante de este día dejarás de ser; dejar de ser, habiendo sido algo espiritualmente, es ser siempre. Todo 'valor moral' se conserva indeficiente en la tabla de diamante de Dios. Dejar de ser no habiendo sido nunca, es esto puntualmente; ser nadie, nada en suma." [24] Es claro que su filosofar no entrañaba una filosofía "desde la muerte" en sentido existencialista. Pero indudablemente se había percatado de la sacudida que la eminencia de la muerte puede provocar en la filosofía. Esta importancia la recalcó también en otros ensayos que recogió en *Discursos heterogéneos* en donde dice textualmente: "Quienes se hallan empeñados en vivir y van por el mundo sacudidos con el ajetreo de la acción, difícilmente podrán situarse en un plano tal vez no superior pero sí diferente, desde donde alcanza a mirar el propio acto como si fuese ajeno y exterior. La vida nos anonada, nos envuelve, nos subyuga, nos hace ir dando tumbos y más tumbos sobre sus pintorescas peripecias. Vorágine y torbellino puramente exterior y falaz es la vida nuestra; salto tras salto, sin premeditación, nuestro ejercicio espiritual es una hiperestesia nerviosa en el teatro, la cátedra, el senado, el taller, el laboratorio; obras siempre frustráneas que jamás perfilan sus contornos; bocetos nebulosos y deformes, intranquilidad que es locura, locura que es delito y delito que se convierte en uso o ley de todos... y allá vamos individuos y naciones cojeando sobre el suelo movedizo del nacer al morir; sin haber tenido más instante para pensar en la propia acción que el que precede, inmediatamente a nuestra desaparición inevitable." [25]

Caso, como Schopenhauer concibió siempre a la muerte "como la inspiradora de la filosofía"; es más, su propia filosofía se halla inspirada también hasta cierto punto en la muerte: la eminencia de la muerte nos hace pensar en lo que podríamos haber hecho en la vida, "sólo un momento antes de morir, dice, examínase nuestra conciencia, y contemplamos en trágica sinopsis, el panorama indeciso, indefinido, brumoso, atormentado de la vida, que pudo haber sido buena y que nosotros deshicimos como se desbarata al sol una nube, o se agosta efímera la hierba". Frente a la muerte, el hombre toma conciencia del sentido que pudo haber

24 Apareció en "El Universal Ilustrado" el 5 de octubre de 1917. La reprodujo en *Doctrinas e ideas*, p. 37.

25 *Discursos heterogéneos*. 1925, pp. 55 y 60.

dado a su vida; si no hemos sido buenos, "si nada efectuamos para ganarnos el derecho de ser hombres, al morir tendremos un sentimiento doloroso de pequeñez, de inferioridad, de insuficiencia". [26]

Pero si Caso filosofó por momentos desde la muerte, su filosofía en cambio puede calificarse como una filosofía desde la vida. En lugar de punto de partida, la muerte es el estrato intermedio de su obra. Su filosofía empieza con una serie de consideraciones sobre la existencia biológica, se eleva al orden del desinterés y de allí al de la caridad. Entonces aparece la noción de la muerte. Esta sólo representa el punto final de la existencia para los egoístas, no así para los caritativos; para el bueno la muerte sólo es un tránsito inevitable que lo llevará a la vida bienaventurada. Cuando menos así confía. La existencia humana no se halla recortada en Caso, su filosofía *sí* hace referencia "a otro mundo", por eso cuando conoció a Heidegger no pudo menos que reprocharle "la falta del prólogo de la creación del hombre y la creencia en la vida perdurable". Desde 1919, es inútil repetirlo, ya había hablado de la vida perdurable, no lo hizo en cambio del prólogo de la creación del hombre. A pesar de su afinidad con San Agustín, su religiosidad personal le impidió recurrir a los dogmas religiosos y ofrecer la solución bíblica, y aunque darwiniano en un principio, tampoco citó al evolucionismo sino con mucha parsimonia. Creía sin embargo en la existencia de Dios a Pero su obra no comienza con la postulación de la Persona Suprema. quien concibió como Persona y autor, naturalmente, de la creación. La fe en Dios se desprende también de los actos de caridad, no la caridad de la fe y la esperanza. Esto es, la existencia como caridad y nada más que ella, nos conduce a la fe en Dios y por lo mismo al prólogo de la creación humana; y la caridad también nos ofrece la vida perdurable. De allí que la filosofía de Caso pueda calificarse como una filosofía de la existencia; ella es el centro, de ella parte el maestro para conducirnos al origen y al fin.

Pero Caso no veía en la muerte el fin final de toda existencia. Ni siquiera concibió a la muerte como el objeto primordial de la filosofía. ¿Por qué ha de ser la muerte, se preguntó en 1944, el punto capital de la filosofía contemporánea? ¿Acaso el nacimiento no implica también un misterio para el hombre? Los hombres, había dicho Saint Martín, se asombran de morir y no se asombran de nacer. El nacimiento, no la

26 *Discursos heterogéneos*, p. 74.

muerte, afirma Caso siguiendo el pensamiento de Renouvier "entraña quizá la verdadera incógnita del hombre, el secreto de la existencia, el fundamento del existencialismo filosófico orientado hacia el principio y no hacia el fin". [27]

Para Renouvier "el nacimiento es incomparablemente más misterioso que la muerte. La muerte se explica como disolución de un organismo material en sus partes constitutivas. Es una mera revolución de lo que tomamos prestado del mundo, una transformación más, a sumar con las otras. Esto es todo, esto es la muerte. En cambio el nacimiento implica un prodigio estupendo. Un yo singular y concreto que surge de un arcano imperceptible, una vez desprendido de su origen, se incorpora a un conjunto infinitamente complejo de minúsculos seres y está dotado del poder de gobernarse y conservarse durante un tiempo, hasta que al fin se derrumba su imperio transitorio". [28] Es más inteligible morir que nacer; lo maravilloso, comentó Caso, es que "se venga a morir, no que la vida se acabe". El fin podría entenderse como una consecuencia del principio, pero el principio quizá subsistirá después de lo que para nosotros sea el fin. "Acaso no sea el fin último." Es comprensible que la vida pueda cesar en un momento dado, merced a los obstáculos que encuentra a su paso; pero ¿cómo concebir claramente el prodigio que representa el nacimiento?, "¿por qué no ha de persistir lo que parece anteceder a la vida misma?, ¿quién puede declarar que el ser que nació finaliza en su muerte?, ¿quién nos asegura que la muerte es la nada?". [29] "Podría argumentarse, advierte el maestro, que tal afirmación implicaría una creencia en ultramundos", pero a su vez, quien así argumentara afirmaría por su parte una creencia en "citramundos", recortando la existencia universal en sus infinitas posibilidades dentro de una experiencia insuficiente. "La muerte puede no ser la nada, y lo que nos angustia no es la muerte, sino la falta, el pecado". [30]

Kierkegaard había formulado ya su dilema "terrible y verdadero": desesperarse o creer. Del dilema kierkegaardiano, Heidegger optó sólo por la primera parte, la desesperación, pero la conciencia religiosa de la humanidad, optó por la fe. El terrible dilema "no puede ser eludido; o

27 "El Universal", 3 de marzo de 1944.

28 *Idem.*

29 *Idem.*

30 *Idem.*,

desesperación o trascendencia, o existencia o tracendencia, o el hombre perdido en el mundo, o el hombre culpable, pecador, angustiado, pero inteligente y libre a imagen de Dios". [31]

Caso optó también por la fe. "Sin el señuelo de una vida trascendente, decía, se gira en un círculo dentro de la lobreguez de una encrucijada. 'Afirmar la sola vida contingente y precaria como la muerte o esa vida, carece de sentido. Sólo una vida sin muerte, o en su defecto, la inconciencia plena, se equipararían'." [32]

La trascendencia es la única vía para resolver el problema. Quien recurre a ella ve con claridad que la vida, como vida de Dios, como vida trascendente (y el hombre es la única criatura que participa de la vida trascendente) es "indeficiente y sempiterna". Lo dado aquí "es la vida perecedera que anhela la inmortalidad. Lo relativo, lo temporal, lo caduco es la vida deseosa de inmortalidad. Lo que el hombre desea es la vida beata o el bien absoluto de la nada". [33]

Como podrá observarse, Caso tampoco nos habla ahora de la condenación eterna. Si de sus declaraciones anteriores parece desprenderse que la nada significa tal condenación puesto que a ella conducen las malas acciones, ahora afirma que en el orden de los deseos humanos si no es la beatitud, es preferible desear la nada. Seguramente concibió a la nada como un bien, comparado al justo castigo que todo egoísta merecería, porque si aparece como un mal frente a la bienaventuranza es indudablemente mejor la nada, que la condenación eterna. El hombre no desea el castigo, si no puede aspirar al paraíso preferirá desaparecer para siempre. La inmortalidad que el hombre desea es para su bien, y si esa inmortalidad redunda en su perjuicio quisiera no alcanzarla. Esa es tal vez la explicación que podría darse a la frase del maestro: "Lo que el hombre desea es la vida beata o el bien absoluto de la nada" después de haber sostenido anteriormente que la inmortalidad sólo puede ser esperanza de los buenos. La nada, en este caso, sería un mal.

El hombre desea la vida bienaventurada, más aún, la espera, ¿por qué entonces no ha creer en ella? Tan legítimo es pensar que la muerte sea un tránsito para otra vida como el fin final de la existencia. Por eso quizá escribió también en 1944: "lo que nos angustia no es la muerte si-

31 "El Universal", 20 de octubre de 1944.

32 "El Universal", 17 de enero de 1944.

33 "El Universal", 14 de enero de 1944.

no la falta, el pecado". Caso no concibió seguramente la angustia en sentido heideggeriano, o si la concibió no le dio el carácter que le otorga el filósofo alemán. Además de la angustia, escribió, existe también en el hombre el anhelo de perdurar, no todo en él es "contingencia y angustia, preocupación y tedio palpitantes sobre la nada".[34] Spinoza ya nos había enseñado que la esencia de todo ser es la perseverancia en el propio ser, y esa posibilidad de perduración "nos proporciona el goce de vivir".

Como seres contingentes, vamos realizando nuestras vidas efímeras en un tránsito perenne, de un estado a otro, de una a otra edad. Pero "la vida en sí misma debe ser simultánea cuanto es" ¿no es verdad que "en la convicción humana la constante aspiración a la vida es algo que concuerda con la vida sin fin?, ¿no es verdad que el hombre es el único ser religioso?"[35] La fe no puede tener el mismo fundamento absoluto de las ciencias, pero no deja de tener un fundamento; la fe es la "creencia en lo invisible basado en el amor y sostenido por la esperanza".[36]

La vida humana es probablemente "una acción que extiende hasta el infinito sus consecuencias".[37] "¿Por qué no creer entonces en ambos términos opuestos: vida y muerte? ¿Por qué no creer en la vida a pesar de la muerte?" La vida que afirma la creencia puede identificarse con lo absoluto que investiga la filosofía, es decir, que lo absoluto como vida no es incompatible con lo relativo dado en la experiencia. Pero jamás podremos afirmar filosóficamente la vida si "la sola vida que se afirma es la que se conjuga rítmicamente con la muerte, en cada ser viviente y en cada instante sucesivo de todo ser. En los seres contingentes vivir es morir, por eso Heidegger nos sitúa en la nada, tediosos y angustiados".[38]

El hombre es relativo, es finito; no es infinito ni absoluto. Pero el hombre es capaz de pensar lo absoluto; "esta es una verdad incuestionable". El pensamiento del hombre tiende a la perfección; afirma lo absoluto, y aunque la relación entre ambos términos, absoluto y relativo, es difícil de establecer, nuestra conciencia sin embargo los sostiene. "Pensar lo absoluto y apartarse de lo relativo para alcanzarlo, ha sido siempre la actitud humana. Preferir lo inasequible desdeñando lo que al dársenos nos enfada

34 "El Universal", 14 de enero de 1944.

35 *Idem.*

36 La Filosofía de la cultura y el materialismo histórico. Ed. Alba, p. 100.

37 "El Universal", 17 de marzo de 1944.

38 "El Universal", 14 de enero de 1944.

luego de alcanzarlo, es lo propio del hombre. El hombre es un insaciado, un insaciable." [39] El hombre quiere siempre lo mejor, no solamente lo bueno. Su esencia estriba en aspirar a la perfección, "contentarse con la imperfección es renegar de la humanidad". Tanto en el arte como en la filosofía, en la política o en la ciencia, el hombre anhela lo mejor. ¿Qué artista no vive disgustado de su propia obra? ¿Qué sabio no tiene como ambición recóndita alcanzar el saber exacto, el saber coherente y universal? En el fondo de nuestro ser, escribe el maestro recordando un poco a Schopenhauer, "se muestra nuestro destino, la aspiración, la decepción, el anhelo, la inconformidad". [40] Si pensáramos incluso no ya en la bondad sino en el mal y el vicio, podríamos observar que "la obsesión de lo perfecto nos subyuga". El hombre que ha fincado su aspiración en el placer, pugnará por la perfección del mismo, buscará el placer que no puede equipararse a ningún placer gustado. "Cada vicio prosigue en la avidez de su actitud siempre frustránea, la perfección del mal." [41] De esta manera puede advertirse que el hombre es "lo relativo capaz de absoluto, lo imperfecto capaz de perfección, lo contingente capaz de lo necesario". El hombre nada es sino lo que será. Somos realmente el anhelo de ser lo que no somos. "Lo que buscamos es lo único que da sentido a la existencia" "existir es buscar, es ambicionar, aspirar". [42]

La existencia tiene sentido únicamente cuando se trasciende a sí misma. "Si siempre hemos de ser hombres, nuestro destino estará fuera de nosotros. En otro plano de la realidad, donde se pongan de acuerdo el pensamiento y el deseo, la inteligencia y la voluntad, lo relativo y lo absoluto. El hombre es la sola criatura con su destino fuera de sí mismo, porque el hombre es el amante, el deseoso. Su tribulación o su ventura dependen del objeto de su amor." [43] Este es el sentido de la inmortalidad. "El que aspira a lo eterno debe alcanzarlo, toda vida humana gravita hacia un centro fuera del hombre, porque el hombre mismo no es una meta, y nuestro destino es subsistir para dar pábulo al anhelo consubstancial de perfección." [44]

---

39 "El Universal", 31 de marzo de 1944.

40 *Idem.*

41 *Idem.*

42 *Idem.*

43 *Idem.*

44 "El Universal", 14 de enero de 1944.

El existencialismo heideggeriano en el sentir de Caso, no resuelve *plenamente el enigma de la existencia;* calificándolo como una doctrina filosófica característica de nuestro momento histórico, advierte que indudablemente ha brindado a través de sus análisis, una aportación genial a los estudios metafísicos, pero que habrá que combinarse con el personalismo, la teoría metafísica que ve en la persona humana la suprema categoría de la existencia, y la persona humana "se distingue esencialmente por su sentido de misterio y su anhelo de inmortalidad".

ROSA KRAUZE DE KOLTENIUK.